

muerte que en otras circunstancias temíamos tanto. Y hay más aún; cuando la suerte quiere desplegar toda su perfidia, puede arrebatarse al que padece hasta este último refugio de la muerte y dejarle, en manos de sus encarnizados enemigos, condenado sin salvación posible á lentos martirios. En vano el desgraciado llama á los dioses en su ayuda; quedará abandonado implacablemente á su destino; mas esta imposibilidad de salvación no es más que el espejo de la naturaleza indomable de su voluntad, cuya objetivación es su persona. En la misma medida en que cualquier fuerza exterior es impotente para cambiar ó para suprimir esta voluntad, lo es también toda fuerza ajena para librarle de los dolores de la vida, que es el fenómeno de esa misma voluntad. El hombre está entregado siempre á sus propias fuerzas en todas las cosas, sin exceptuar la principal. En vano se crea dioses para obtener de ellos, con súplicas ó adulaciones, lo que únicamente puede darle su propia volición. Si el Antiguo Testamento hizo al mundo y á los hombres, obra de un Dios, el Nuevo, para enseñarnos que la salvación y la redención de la miseria de este mundo, no pueden venir más que del mundo mismo, se vió obligado á encarnar en un hombre á ese Dios. La voluntad del hombre es y será siempre aquello de que depende todo para él. Saniassis, mártires, santos, cualesquiera que hayan sido sus creencias y sus nombres, se han sometido libre y voluntariamente á todos los suplicios, porque en ellos había cesado la voluntad de vivir, y ya la lenta destrucción de su fenómeno era para ellos una dicha. Pero no quiero anticipar lo que ha de ser objeto de próximas consideraciones. Si he de declarar que el optimismo, cuando no es un mero dicho irreflexivo de personas, cuyo obtuso cerebro no alberga más que palabras, me parece una opinión no sólo absurda, sino verdaderamente impía,

pues es una irrisión amarga de los dolores inauditos de la humanidad. No debe creerse que la doctrina cristiana es favorable al optimismo; por el contrario, en los Evangelios, el mundo y el mal son términos que se emplean casi como sinónimos.

## § 60.

Terminados ya los dos estudios que hemos tenido que intercalar, uno sobre la libertad de la voluntad en sí y sobre la necesidad de su fenómeno, y otro sobre la suerte de la voluntad en este mundo, que es el reflejo de su naturaleza y cuyo conocimiento debe conducirla á afirmarse ó negarse, vamos á proceder ahora á una exposición más completa de esta afirmación ó negación de la voluntad, que nos limitamos antes á enunciar y explicar de una manera general. Para esto vamos á estudiar la conducta, los actos, y á investigar su significación íntima, puesto que así es como se afirma ó se niega la voluntad.

*La afirmación de la voluntad* es ese querer perpetuo, no contenido por la inteligencia y que llena la vida humana en general. Como el cuerpo es ya objetivación de la voluntad, tal como aparece en tal grado y en tal individuo, puede decirse que la volición que se desenvuelve en el tiempo es, en cierto modo, la paráfrasis del cuerpo, el comentario que explica su conjunto y sus partes, la representación en otra forma de la misma *cosa en sí*, de la de que el cuerpo es también fenómeno. En vez de «afirmación de la voluntad,» podríamos decir también afirmación del cuerpo. El tema principal de todos los diversos actos voluntarios, es la satisfacción de las necesidades inseparables de la existencia del cuerpo, en el estado de salud, que encuentran en él su expresión y que pueden



reducirse á la conservación del individuo y á la propagación de la especie. Indirectamente, son también estas necesidades las que dan á los motivos de todas clases su influencia sobre la voluntad y originan los actos voluntarios más variados. Cada uno de estos actos no es más que una muestra, un ejemplo de la voluntad general que se manifiesta en ellos; poco importa la naturaleza de esta muestra, la forma adoptada por el motivo y comunicada á aquel ejemplo; lo esencial aquí es querer en general, y querer con este ó el otro grado de viveza. La voluntad no puede hacerse visible más que por los motivos, como el ojo solo atestigua su facultad visual en presencia de la luz. El motivo, considerado en general, se presenta á la voluntad como un Proteo con sus mil formas; promete siempre satisfacción completa, ofrece calmar la sed del querer; pero apenas nos apoderamos de él, toma otra forma para excitar de nuevo á la voluntad, en proporción de la vivacidad de ésta y de su relación con el conocimiento; precisamente estos dos factores son los que con ayuda de aquellas muestras ó ejemplos, manifiestan el carácter empírico.

Desde el primer despertar de su conciencia, el hombre se encuentra dotado de volición y, por lo general, su inteligencia permanece en relación constante con su voluntad. Comienza por tratar de conocer perfectamente los objetos que quiere y luego los medios de llegar á ellos. Sabe entonces lo que debe hacer y de ordinario no aspira á saber otra cosa. Obra y se agita. La conciencia de trabajar siempre de un modo conforme al fin de su voluntad, sostiene su actividad y sus fuerzas; no piensa más que en la elección de los medios. Tal es la vida de la mayor parte de los hombres, que la invierten en querer, en saber lo que quieren y en aspirar á ello con éxito bastante para no ser reducidos á la desesperación é insuficiente

para que caigan en el aburrimiento, con todas sus consecuencias. De ahí resulta cierta serenidad, ó por lo menos, cierta igualdad que no pueden alterar la riqueza ni la pobreza, pues ni ricos ni pobres gozan lo que poseen, porque lo que se posee sólo ejerce una acción negativa. Lo que gozan de antemano es lo que esperan adquirir con sus esfuerzos; y continúan esforzándose con toda la seriedad de que son capaces, con el rostro más grave, como los niños cuando juegan.

Sucede á veces, aunque por rara excepción, que la inteligencia viene á alterar el curso de semejante existencia, cuando apartándose del servicio de la voluntad y penetrándose de la naturaleza del mundo, el conocimiento impulsa al hombre, ya á la contemplación en el orden estético, ya á la renuncia de sí mismo en el orden moral. La necesidad persigue á casi todos los hombres en la vida, sin darles tiempo de reflexionar sobre sí mismos. En cambio la voluntad se exalta muchas veces hasta el punto de exceder considerablemente de la afirmación del cuerpo; este estado se caracteriza por emociones enérgicas, por pasiones violentas, bajo el influjo de las cuales el individuo no se limita á afirmar su propia existencia, sino que niega la de los demás y trata de suprimirla donde quiera que es para él un obstáculo.

La conservación del cuerpo por sus propias fuerzas es un grado tan débil de afirmación de la voluntad, que si las cosas se limitaran á él sencillamente, podríamos admitir que con la muerte del cuerpo se extinguía también la voluntad que se manifestaba en él. La satisfacción del instinto sexual es ya un grado más alto que la afirmación de esa existencia que dura tan corto tiempo, pues afirma la vida más allá de la muerte del individuo y por un tiempo indeterminado. La Naturaleza, siempre verídica y consecuente y en este caso hasta ingenua, nos



muestra abiertamente la significación íntima del acto genésico. Nuestra propia conciencia y la vivacidad del instinto nos enseñan que este acto enuncia la más positiva afirmación de la voluntad de vivir pura y sin mezcla (sin mezcla, por ejemplo, de negación de otro). Como resultado del acto, surge una nueva existencia en el tiempo y en la serie de las causas, es decir, en la Naturaleza; como fenómeno, el sér procreado es diferente del procreador; pero en sí, desde el punto de vista de la Idea, es idéntico á él. Este acto es, pues, el que enlaza cada generación de seres vivientes con las anteriores y sucesivas, y la perpetúa por este concepto. Respecto del procreador, la procreación no es más que la expresión y el signo por medio del cual afirma enérgicamente su voluntad de vivir; respecto del procreado, no es la razón de que la voluntad aparezca en él, pues la voluntad no tiene causa ni efecto, sino la causa ocasional que hace que la voluntad aparezca en tal momento y en tal lugar. Consideradas como cosa *en sí*, la voluntad del uno y la del otro son idénticas, pues lo que se halla sometido al principio de individuación es el fenómeno y no la cosa en sí. Esta afirmación, que excede del propio cuerpo del individuo y llega hasta la procreación de un nuevo organismo, afirma á la vez el dolor y la muerte, partes integrantes del fenómeno de la vida, y declara abortada por esta vez toda redención que hubiera podido esperarse de la inteligencia, llegada á su mayor perfeccionamiento. Por esta razón profunda el acto sexual es considerado como vergonzoso.

En el dogma de la religión cristiana expresa este sentimiento el mito que nos hace á todos culpables del pecado de Adam (que evidentemente no fué otro que la satisfacción del instinto sexual) y nos impone por este hecho el dolor y la muerte. En este punto la doctrina cris-

tiana se eleva por encima del conocimiento según el principio de razón; concibe la idea humana, cuyos innumerables elementos, dispersos como individuos, son reconstituídos en una unidad por los poderosos lazos de la generación. Por consiguiente, considera á cada individuo, por una parte, como idéntico con Adam, que representa la afirmación de la voluntad de vivir y como entregado por lo tanto al pecado (el pecado original), al dolor y á la muerte; por otra parte, en virtud del conocimiento de la Idea, le considera como idéntico también con el Salvador, que representa la negación de la voluntad de vivir; como partícipe, por este concepto, del sacrificio del Redentor; como redimido por sus méritos y libertado de las ataduras del pecado y la muerte, ó en otros términos, del mundo. (Rom. 5, 12-21.)

En la Mitología griega hallamos otra alegoría que expresa también el mismo concepto de la satisfacción sexual, considerada como una voluntad de vivir que se afirma más allá de la vida individual; como una sentencia de vivir dictada por aquel mismo acto, ó como una renovación del título que da derecho á la vida: es la fábula de Proserpina, que podía volver á la tierra mientras no gustó los frutos de los infiernos, pero que queda allí prisionera para siempre por haber comido una granada. El sentido de la alegoría resalta con gran claridad en el relato incomparable de Goethe, sobre todo en aquel pasaje en que tan pronto como Proserpina ha probado la granada, el coro invisible de las Parcas entona este cántico:

¡Ya eres nuestra! En ayunas podías marcharte;  
mas por haber mordido la granada nos perteneces.

Es singular que Clemente de Alejandría (Strom. III, c. 15) use, tratando del asunto, la misma imagen y la



misma expresión: *Qui se castrarunt ab omni peccato, propter regnum caelorum ii sunt beati, «a mundo jejunantes».*

El instinto sexual manifiesta también que es la más positiva y enérgica afirmación de la voluntad de vivir por cuanto constituye, para el hombre en estado de naturaleza y para el animal, el fin último, el resultado supremo de la vida. La primera tendencia del ser es la conservación propia. En cuanto provee á ella, no aspira más que á propagar la especie. Como criatura natural, no puede tener otra tendencia que vaya más allá. La Naturaleza, cuya esencia íntima es la voluntad de vivir, impulsa con todas sus fuerzas al hombre, como al animal, á la reproducción. Y luego, cuando ha obtenido ya del individuo el resultado que esperaba, se vuelve indiferente en absoluto á su destrucción, pues como voluntad de vivir, no se interesa más que por la conservación de la especie y en modo alguno por el individuo. Precisamente porque la esencia íntima de la Naturaleza, la voluntad de vivir, se manifiesta más enérgicamente que en otra parte alguna en el instinto sexual, decían con profundo sentido los poetas y los filósofos antiguos, entre ellos Hesiodo y Parmenides, que Eros (el amor) era el primer principio, el principio creador de donde salieron todas las cosas. (V. Aristóteles. *Metaf.*, I, 4.) Ferecides dijo: *Jovem cum mundum fabricare vellet, in cupidinem sese transformasse* (Proclo ad Plat., *Tim.*, l. III). Recientemente he recibido una disertación detallada acerca de este asunto, de G. F. Schæmann: *De cupidine cosmogónico*. El amor es también la paráfrasis de la Maya de los indios, que teje y fabrica este mundo del fenómeno.

Las partes genitales, más que otras cualesquiera del cuerpo, están sometidas exclusivamente á la voluntad, y no lo están en modo alguno á la inteligencia. La volun-

tad se muestra en ellas casi tan independientemente del conocimiento como en los órganos que sirven para la reproducción en la vida vegetativa, y en los cuales la voluntad obra ciegamente como en la naturaleza inconsciente. La procreación no es más que la reproducción transmitida á un nuevo individuo; en cierta manera es una reproducción de segundo grado, como la muerte no es más que una excreción elevada al cuadrado. De ahí se infiere que las partes sexuales son el verdadero asiento de la voluntad, ó sea el polo contrario del cerebro, representante de la inteligencia, es decir, de la otra faz del mundo, del mundo como representación. En las primeras radica el principio que conserva la vida, que asegura al tiempo una existencia infinita: por esto las adoraron los griegos en el falo y los indios en el lingam, que simbolizan, por consiguiente, la afirmación de la voluntad. La inteligencia, por el contrario, hace posible la supresión del querer, la salvación de la libertad, la victoria sobre el mundo y su aniquilamiento.

Hemos examinado extensamente en el principio de este cuarto libro, en qué relación se encuentra la voluntad de vivir, que se afirma, con la muerte. Vimos que esta última no la afecta, porque la muerte está contenida de suyo en la vida, de la cual forma parte, y se halla plenamente compensada por la generación, que asegura y afianza sin cesar la vida á la voluntad de vivir, no obstante la muerte del individuo. Esto es lo que han expresado los indios dando por atributo á Siva, dios de la muerte, el lingam. He explicado ya cómo el hombre, cuando se coloca en el punto de vista de la afirmación resuelta de la vida, mira sin temor á la muerte cara á cara, si conserva la plenitud de su juicio; no tengo nada que añadir. La mayor parte de los hombres se mantiene en este punto de vista, sin conseguir la claridad de jui-



cio, y no cesa de afirmar la vida. El espejo que nos muestra la imagen de esta afirmación es el mundo, con sus individuos, innumerables en el tiempo y en el espacio sin límites, sumidos en dolores inmensos, entre el nacimiento y la muerte incesantes. Pero nadie tiene el derecho de quejarse, pues la voluntad representa la gran tragicomedia á su costa, y es al propio tiempo que actora, espectadora. Si el mundo es tal como es, es porque la voluntad es como es, y lo ha querido así. Cuanto á los dolores, se justifican porque la voluntad se afirma también en ese fenómeno, afirmación que á su vez se justifica y se compensa por el hecho de que la voluntad es quien soporta los dolores. Esto nos permite entrever ya la justicia eterna en el conjunto: más adelante la veremos mejor y con mayor claridad en los detalles. Pero antes debemos hablar de la justicia temporal ó humana. *C*

§ 61.

Sabemos, por el segundo libro, que existe necesariamente en toda la Naturaleza y en todos los grados de objetivación de la voluntad, una lucha incesante entre los individuos de las diferentes especies, manifestándose en esto el antagonismo interior de la voluntad de vivir consigo misma. En el grado supremo de objetivación, este fenómeno, como todos los demás, se manifestará con mayor claridad y podrá ser disfrazado más completamente. A este efecto, vamos á investigar cuál es la fuente del egoísmo, que es el punto de partida de toda lucha.

Dijimos que el espacio y el tiempo constituyen el principio de individuación, porque sólo en ellos y por ellos es posible la multiplicidad de lo idéntico. Son las formas esenciales del conocimiento natural, es decir, del que procede de la voluntad. Por eso la voluntad se ve

siempre á sí misma en la multiplicidad de los individuos, pero esta multiplicidad no concierne á la voluntad en cuanto cosa en sí, sino únicamente á sus fenómenos. La voluntad existe entera, indivisa en cada una de sus manifestaciones, y ve en torno suyo la imagen repetida hasta lo infinito de su propio ser. Cuanto á este ser, que es la verdadera realidad, no lo encuentra más que en sí misma. De ahí que cada uno lo quiera todo para sí; quiera poseerlo todo, ó al menos subyugarlo todo, y desee aniquilar lo que le opone resistencia. A esto se une, en los seres dotados de inteligencia, que el individuo es el portador del sujeto conociente, y éste, el portador del mundo; es decir, que la Naturaleza entera, salvo él (y por consiguiente los demás individuos), no existe para él más que en su representación, ni tiene conciencia de ella más que como representación suya, y por lo tanto, de una manera indirecta; como cosa que depende de su propio ser y de su propia existencia, puesto que desapareciendo su existencia el mundo desaparece también necesariamente para él. La existencia y la no existencia del mundo adquieren la misma significación para él y no pueden ser discernidas. Todo ser conociente es, pues, en realidad, y así lo comprende él mismo, la totalidad de la voluntad de vivir ó de la esencia del mundo, al mismo tiempo que la condición integrante del mundo como representación, por consiguiente, es un microcosmo igual en valor al macrocosmo. La misma Naturaleza, que siempre y en todas partes es sincera, le suministra espontáneamente este conocimiento, con independencia de toda reflexión, de un modo simple y con inmediata certeza.

Estas dos cualidades necesarias que acabamos de enunciar, explican cómo el individuo que desaparece en la inmensidad del mundo (tan imperceptible es en su pequeñez) se considera, sin embargo, como el centro del



universo y atiende ante todo á su propia existencia y su propio bienestar; cómo, desde el punto de vista natural, está dispuesto á sacrificar todo lo que no es él, á aniquilar el mundo entero, sólo por conservar un instante más su propio *yo*, que es como una gota de agua en el mar. Esta disposición es el *egoismo* general á todas las cosas de la Naturaleza. Ella es también quien viene á revelar de la manera más terrible el conflicto interior de la voluntad consigo misma, pues este egoismo debe su existencia y su naturaleza al indicado antagonismo entre el microcosmo y el macrocosmo; ó bien nace de que la voluntad objetivada, como tiene por forma el principio de individuación, se ve idéntica en una infinidad de individuos y por otra parte, entera y perfecta en cada uno de ellos bajo sus dos aspectos (voluntad y representación). Cada individuo ve, por lo tanto, en sí toda la voluntad y toda la representación, mientras que los demás no se le aparecen más que como representaciones suyas: de ahí que su propia existencia y su propia conservación le importen más que la de todos los demás seres considerados en conjunto. Cada cual considera su muerte como si fuese el fin del mundo entero, mira con indiferencia la de las personas que conoce, á menos que se interese personalmente por ellas. En la conciencia llegada á su mayor grado de perfección, en el hombre, el egoismo, de igual manera que la inteligencia, que el dolor y que el placer, adquiere su desenvolvimiento más perfecto y el conflicto que provoca entre los individuos se acentúa de la manera más terrible.

Tal es en efecto, el espectáculo que, tenemos delante de los ojos, así en lo grande como en lo pequeño: tan pronto lo vemos en su aspecto aterrador en la vida de los tiranos ó de los malvados y en esas guerras que asolan nuestro globo, como en su aspecto ridículo, que da asun-

to á la comedia y que se manifiesta principalmente bajo la forma de presunción y de vanidad, debilidades que La Rochefoucauld supo comprender y representar en abstracto mejor que nadie. Le hallamos en la Historia Universal lo mismo que en nuestra experiencia personal. Pero donde más distintivamente le vemos es en una multitud desenfrenada que ha roto las trabas de la ley y del orden; entonces se muestra con plena luz aquel *bellum omnium contra omnes* de que Hobbes trazó tan admirable cuadro en su primer capítulo *De cive*. Entonces se ve á cada cual, no sólo arrebatarse á otro lo que él codicia, sino destruir la felicidad ó la existencia de sus semejantes, sólo por proporcionarse un insignificante aumento de bienestar. Esta es la más elevada expresión del egoismo, cuyas manifestaciones sólo son superadas por las de la maldad propiamente dicha, que por puro placer busca el daño y el dolor ajenos, sin provecho personal alguno, maldad de la que hablaremos en seguida. Ruego al lector que compare el presente estudio sobre el origen del egoismo, con el que hice en mi Memoria sobre el fundamento de la moral, § 14.

Una de las principales fuentes del dolor, esencia inseparable de la vida, es esta «*Epic*,» esta lucha entre todos los individuos, esta manifestación de la contradicción interior inherente á la voluntad de vivir que se hace visible por medio del principio de individuación. Un medio cruel de evidenciarla directamente es el que vemos en los combates de bestias. En esta discordia original reside una fuente inagotable de dolores, á pesar de todas las medidas que se han tomado en este punto y que vamos á examinar ahora más de cerca.

§ 62.

Dijimos, que la primera y más sencilla afirmación de